



Manola Sepúlveda Garza

José Luis Piñeyro, nuestro amigo de siempre

Con estas líneas me sumo al homenaje a la memoria de José Luis Piñeyro, nuestro querido amigo. Escribo desde la posición de la hermana menor de Isidro Sepúlveda (en paz descansa), amigo de toda la vida de José Luis. Aunque normalmente los hermanos mayores no se inclinan a tomar en consideración a los hermanos menores en cuanto a sus actividades e ideales, sin embargo, los menores siempre estamos llenos de curiosidad y pretendemos captar los mundos y las aventuras de nuestros contemporáneos un poco más grandes, y eso me pasó a mí con Isidro y sus amigos. Quiero decirles que no recuerdo a José Luis como alguien solitario e introvertido, sino como amigable, alegre, agradable y como un estudioso apasionado de los movimientos sociales más importantes del siglo XX y lo que va del XXI. José Luis tuvo un compromiso político y además de haber sido un intelectual de izquierda, fue un humanista y un académico de pensamiento crítico.

De José Luis se puede escribir muchas cosas, pero quiero referirme a sus tiempos de juventud y al pensarlo es inevitable recordar a mi hermano y a Joel Mendoza en sus años de estudiantes inmersos en la dinámica social y política de los años sesenta y setenta. Los tres se conocieron en Monterrey, en la secundaria, a los 13 o 14 años de edad, continuaron en la Preparatoria 1 de la entonces Universidad de Nuevo León y más tarde, entraron a la Facultad de Economía de la misma Universidad. En 1968 José Luis y mi hermano se trasladaron al Distrito Federal para estudiar Relaciones Internacionales en el Colegio de México. En Monterrey habían formado parte de diferentes comités y asociaciones estudiantiles de la Universidad, y en el DF se toparon con el “movimiento del 68”: les tocó participar en discusiones, marchas de protesta y presenciaron la represión gubernamental de aquellos años (1968 y 1971). Esta experiencia representó un gran aprendizaje político que, como a todos aquellos que vivieron esos acontecimientos, les marcó buena parte de su vida.

José Luis terminó sus estudios en el Colegio de México en 1973. Pero no se integró al grupo de aquellos que aspiraban a formar una carrera en la diplomacia, como lo ambicionaban varios de sus compañeros (Jorge Chen, hoy embajador en Tailandia, por ejemplo) sino que, involucrado en las dinámicas sociales de aquellos tiempos, siguió una trayectoria académica en la que sobresale sus estudios de posgrado en Italia y luego, dedicó muchos años de su vida a la docencia y a la investigación en la UAM desde donde estuvo en la vanguardia del análisis crítico de los problemas más emergentes de nuestra sociedad (el problema del narcotráfico, por ejemplo).

Cuando éramos muy jóvenes, recuerdo a Isidro, José Luis, Joel, Jorge Carlos y otros tantos amigos de la preparatoria, como chavos muy activos y como “estudiantes nocturnos” ya que por el clima de Monterrey, era muy común que se juntaran a estudiar de noche en la casa de alguno de ellos: parte de los meses de mayo y junio se desvelaban para preparar exámenes; otras veces se desvelaban para llevar serenata a la novia de alguno de ellos y otras más, para asistir a las diversas pachangas que nunca faltaban en la agenda. Y después de cada “farra” se hacían presentes los regaños de mi madre a “toda la bola” y el mejor librado frecuentemente era Joel, a quien siempre se le pensó como el más sensato.

En aquellos tiempos mi hermano, José Luis y Joel eran mis ídolos: les admiraba y quería ser como ellos: rebeldes, estudiosos y hasta transformadores del mundo (en pláticas, por supuesto). Me parecía que esa actitud se lograba estudiando Economía, pero, cuando mi familia se trasladó a la ciudad de México, me di cuenta que era una posición frecuente en estudiantes de Ciencias Sociales y Humanidades, y por eso estudié Antropología. De los múltiples recuerdos que llegan a mi mente, quiero decir que de las pláticas de mi hermano con sus amigos escuché, por primera vez, los títulos de los libros de Marx, Engels y Lenin, los episodios más sobresalientes de la revolución mexicana, de la revolución rusa y de la primera y segunda Guerra Mundial, la idea de democracia social ligada a un reparto más justo de la riqueza (y no a las leyes del mercado, como ahora se le considera) y las críticas a la sociedad en que vivíamos. De manera directa o indirecta recibí grandes enseñanzas en la convivencia con ellos, además, siempre me estimularon a defender mis ideales. Por lo que agradezco todas sus lecciones y guardo excelentes recuerdos con gran afecto.

Manola Sepúlveda Garza

Dra. en Etnología

Profesora e investigadora de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.